



Enseñanza e Investigación en Psicología

ISSN: 0185-1594

rbulle@uv.mx

Consejo Nacional para la Enseñanza en
Investigación en Psicología A.C.
México

Formental Hernández, Soura S.; Hernández Pita, Iyamira; Fernández de Juan, Teresa
CONTRA LA IGNORANCIA: ESTUDIO DE CASOS SOBRE DIFERENTES FORMAS DE
“SER HOMBRE” EN CUBA

Enseñanza e Investigación en Psicología, vol. 20, núm. 2, mayo-agosto, 2015, pp. 151-
164

Consejo Nacional para la Enseñanza en Investigación en Psicología A.C.
Xalapa, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29242799005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CONTRA LA IGNORANCIA: ESTUDIO DE CASOS SOBRE DIFERENTES FORMAS DE “SER HOMBRE” EN CUBA

Against ignorance: Case studies on the ways of “being a man” in Cuba

Soura S. Formental Hernández*, Iyamira Hernández Pita*
y Teresa Fernández de Juan**

*Centro de Salud Mental de Playas (Cuba)¹

**Colegio de la Frontera Norte²

Citación: Fomenta, S.S., Hernández, I. y Fernández, T. (2015). Contra la ignorancia: estudio de casos sobre diferentes formas de “ser hombre” en Cuba. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 20(2), 151-164.

Artículo recibido el 6 de junio y aceptado el 23 de septiembre de 2014

RESUMEN

Este trabajo muestra los resultados de un estudio exploratorio realizado en un centro de salud mental de La Habana, Cuba, con 125 varones. Esta investigación descriptiva y transversal presenta una perspectiva metodológica cualitativa a través del método de investigación-acción participativa. Se exponen las diferentes técnicas de indagación aplicadas para explorar la carga que la cultura patriarcal sigue aplicando en las mentalidades de muchos varones cubanos, a la vez que se muestra el nacimiento de una nueva generación masculina que comparte la iniciativa y que manifiesta un desprendimiento liberador y positivo de la masculinidad hegemónica y de las cargas que esta conlleva. Los resultados se comparan con otros hallazgos, en especial de Latinoamérica.

Indicadores: *Género; Masculinidades en Cuba; Masculinidad hegemónica; Tipo de masculinidades.*

ABSTRACT

This work shows the results of an exploratory study in a mental health center in La Habana, Cuba, in which 125 men participated. This descriptive and transversal study is based on a qualitative methodological perspective: participative action-research. Different techniques of inquiry are set out to explore how a patriarchal culture continues influencing the mentalities of many Cuban men. At the same time it shows the emergence of a new male generation that expresses a liberating and positive detachment from an hegemonic masculinity and the emotional load it entails. Finally, the conclusions are compared with other findings, especially those related to similar studies carried on in Latin America.

Keywords: *Gender; Masculinity in Cuba; Hegemonic masculinity; Masculinity.*

¹ Calle 21 entre 10 y 12, Vedado, La Habana, Cuba, correos electrónicos: arimayi@infomed.sld.cu y sourasonia@infomed.sld.cu,

² Departamento de Estudios Culturales, Km 18.5, Carretera Escénica Tijuana-Ensenada, San Antonio del Mar, 22709 Tijuana, México, correo electrónico: teresaf@colef.mx.

INTRODUCCIÓN

Aurelia Castillo, una de las escritoras de la vanguardia feminista social en Cuba, expresaba en 1885 en el periódico *El Figaro*: “La lucha no es contra el hombre, es contra la ignorancia”.

Nos convertimos en “hombres” y “mujeres” a través de un proceso de aprendizaje que, a partir del embarazo, ya arrastra expectativas que demuestran su naturaleza social y la necesidad de entender cómo son percibidas y ejercidas las divergencias relacionadas con la genitalidad, más que tratar de “varones” y de “hembras” como seres sexuados. En este sentido, el género, al priorizar las prácticas de lo interpretado como masculino o femenino, diferencia culturalmente a los sexos en sus formas de actuar y de pensar (Hernández, 2000), proceso de socialización que enseña a responder a las exigencias del imaginario social y a conformar la identidad que se expresarán en su comportamiento (Rivero, 2008). De hecho, la mayoría de los varones se desatiende de la significación del género, vista como la construcción de su hombría y sus distintas variabilidades (raza, clase, etnia, religión, sexualidad, edad), centrándose en la del sexo biológico, que les impone la conducta esperada de los “machos humanos” (Rivero, 2008).

Threadgold y Cranny-Francis (1990), Cornwall y Lindisfarne (1994) y Petersen (2003) destacan el hecho de que las construcciones históricas y sociales específicas de la masculinidad no pueden disociarse de las de la feminidad, por lo que es difícil hablar de la primera sin que implique un concepto binario de género. A la vez, otros autores han retomado las historias de la infancia, de las relaciones de pareja y de sus vínculos paternos, enmarcados en las reflexiones sobre sus características sociales y culturales, para poder entender la base de la misoginia y de la doble moral masculina (Garda, 2005).

Es así que cada individuo incorpora las formas que le permiten responder a las exigencias de su grupo, lo cual ocurre en un tiempo, contexto y espacio específicos (Hernández, 2006), basamento epistemológico que evidencia su factibilidad al cambio e impone el reto de estudiar a los varones y a las mujeres sin invisibilizar a ninguno.

Las masculinidades: Punto de partida internacional y cubano en particular

Como es ya conocido, a partir de los años ochenta se inician los primeros estudios sobre la masculinidad (*men's studies*) en Estados Unidos, Australia, Canadá y el Reino Unido; tal es el caso de las investigaciones de Badinter (1993), Kaufman (1994), Gilmore (1994), Connell (1995), Gutmann (1997), Fuller (1997, 1998), Viveros (1998), Seidler (2000) y Jociles (2001). Sobre ello, Kimmel (1992) señaló: “Si los hombres hemos advertido que somos un género, es porque ellas nos han estado presionando por mucho tiempo para que nos diéramos cuenta de ello” (p. 130). Es en el año 2002 que el norteamericano Peter Beattie, doctor en historia latinoamericana, examina algunos estudios concernientes a este tema en la región, comentando los trabajos de Gutman sobre el comportamiento de la clase obrera, de Melhuus y Kristin Stølen acerca de los roles de género y la masculinidad en las naciones hispanoamericanas, y de Lumsden, Schaefer y Carrier referidos al tratamiento de la homosexualidad. Dicho autor concluye que esos trabajos abrieron un nuevo camino para comprender el proceder de las identidades sociales dominantes.

A través de ejemplos extraídos de un estudio cualitativo entre hombres cubanos, el presente trabajo apoya la necesidad —ya establecida por otros autores— de difundir e independizar la masculinidad en sus diversas construcciones, visualizándolas sobre la base de las diferencias construidas socialmente que ya existen (Figuerola, 2008, 2009; González y Fernández, 2010, 2014).

De hecho, se parte de una definición hegemónica a manera de componente estructurador de las identidades (individuales y colectivas) en nuestro continente (cf. Connell, 1995; Kaufman, 1994; Kimmel, 1994; Parrini, 2008), modelo cuyos mandatos se aprecian en sus constructos sociales: el hombre es proveedor, heterosexual, activo (sobre todo —sexualmente hablando— en relación a sus conquistas sobre las mujeres), valiente, resuelto, violento, controlador, poderoso y competitivo. De esta forma, llega a conformar los grupos dominantes y culturalmente autorizados en el orden social, en los que su identidad

se construye a partir de la diferenciación con lo femenino; es decir, más como una reacción que como un proceso de identificación. Predomina su poder en las áreas económica, sexual, política y social, en las que lo femenino es de naturaleza “inferior”. Aquí es dable señalar a la destacada feminista Antoinette Fouque, quien hipotetiza que, en realidad, lo que funda la misoginia es la envidia: no a lo que son las mujeres sino a lo que hacen, su capacidad procreadora (cf. Fernández, 2011; Fouque, 2008), por lo cual el niño aprende desde pequeño a ser “diferente” de la persona con quien más contacto tiene: su madre (Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Menjívar, 2004). Como se supone más comúnmente, se resistirá cada vez más a todo lo que se considere femenino, marcando así una frontera opuesta a la homosexualidad. Esto se debe a que «la masculinidad hegemónica, por definición, establece la existencia de una otredad masculina que no cumple con las expectativas y patrones exigidos en cuanto a ser “hombre” en un contexto sociocultural y espacial determinado [por lo que] las relaciones de poder no sólo implican ver hacia el otro género, sino también hacia las relaciones intragenéricas que establecen pautas diferenciales» (González y Macari, 2011, p. 81).

Como toda cultura desarrolla pautas y significados que delimitan la actuación de ambos sexos (Rocha y Díaz-Loving, 2005), las comunidades han creado su propia imagen excluyente por medio de sanciones, rituales o pruebas de habilidad y fortaleza (Meler, 2000; Menjívar, 2004; Riso, 1998). En Cuba son frecuentes los chistes que refirman la masculinidad a través de las conductas seductoras, que alcanzan su máximo cuando se poseen parejas múltiples (Álvarez, 2002). La figura paterna es caracterizada como la ley, la autoridad y la distancia, lo que determina lo que el psicólogo canadiense Corneau (1989) denomina “el padre faltante”, concepto más completo que el comúnmente usado de “padre ausente”, ya que este puede estar físicamente presente pero ser incapaz de propiciar un contacto corporal y afectivo que acompaña la construcción de la identidad masculina en los varones en general (Corneau, 1991), y a lo que se añaden la distancia física, la inexpresividad y la restricción emocional.

Lo anterior no excluye por supuesto a los que han desafiado a sus grupos sociales de referencia asumiendo actividades que usualmente realizan las mujeres en el hogar en general y las propias del cuidado de los hijos en particular, las que suelen ser motivo de represión por parte de sus iguales. Los encuentros entre los hombres en la vida cotidiana suelen estar marcados por el poder, la competencia y el conflicto potencial; pueden ser compañeros, cooperadores, leales y afectuosos, pero siempre bajo el mando del control. Esto conlleva lo que Connell (1997) denomina “los cuatro tipos de masculinidad”, que desde su perspectiva no se refieren a las identidades de género sino a los paradigmas de comportamiento desarrollados históricamente. Tales tipologías “coexisten con el modelo hegemónico, como prototipo de comportamiento masculino que domina las relaciones de poder en el sistema de género y a partir del cual se establecen y posicionan el resto de los tipos de masculinidades” (p. 39) (cf. también Monzón, 2012).

De esta forma, empiezan a evidenciarse diferencias entre las construcciones identitarias de los hombres que implican relaciones de género-poder múltiples. Es decir, “hay diversas formas de ser hombres”, como afirma Connell (1997, p. 39), quien añade la masculinidad *subordinada* (siendo la gay la más evidente, pero no la única; también incluye a los heterosexuales expulsados del círculo de legitimidad por existir cualquier confusión simbólica con la femineidad), la masculinidad *cómplice* (con elementos relacionados, pues engloba a que, conectados con el proyecto hegemónico, no encarnan la masculinidad hegemónica, radicando su “complicidad” en realizar el dividendo familiar sin las tensiones o riesgos de ser primera línea del patriarcado) y la masculinidad *marginada*, que expresa “las relaciones entre las masculinidades en las clases dominante y subordinada, o en los grupos étnicos”.

La correspondencia marginación-autorización puede existir también entre masculinidades subordinadas ya que es siempre relativa a una autorización del grupo dominante (Connell, 1997). La Sección Cubana de Masculinidades (cf. Rivero, 2010) decidió denominarlas operacionalmente como masculinidad *tradicional*, de tránsito

y de *ideal posible*, como formas históricas que pueden coexistir en el tiempo, precisión que resulta importante si se parte de que el concepto de masculinidad hegemónica invisibiliza las otras formas de masculinidad que coexisten en la vida cotidiana sin pertenecer al encuadre hegemónico-subordinado, donde incluso se ignoran las complejidades y conflictos vividos por algunos hombres en relación con otros hombres debido a ese ideal cultural unitario de la masculinidad (Coles, 2009). En este sentido, es necesario referirse al *machismo* (término descrito como “la actitud y comportamientos ofensivos que discriminan y minusvaloran a las mujeres por considerarlas inferiores respecto a los hombres” (cf. Real Academia Española, 2011), discriminación que se extiende a los hombres homosexuales y a todo aquel que exhiba alguna característica asociada a la feminidad. Con este término se acuña su hiperbolización como centro del poder y se coloca al *macho* –hombre– como su eje medular). Gutmann (1997) describe su percepción acerca de este término en México, y Beattie (2002) analiza y ejemplifica cómo la masculinidad y el machismo son conceptos complejos y maleables que invitan a pensar y a reinterpretar a los individuos y a los grupos de la sociedad, destacando su estrecha relación con la de identidad de género. Por ello es que, a pesar de ser una corriente universal, este término ha tenido en el continente latinoamericano un marcado arraigo que, en el caso de Cuba, despunta a partir del siglo XIX; de hecho, no solo se inculca como algo natural desde la infancia del varón, sino que inclusive a las mujeres que tratan de transgredir la norma se les denomina peyorativamente “marimachos”, como quien usurpa algo que únicamente debe pertenecer al hombre (González, 2009).

Pero lo anterior conlleva, también históricamente, una gran presión social sobre los varones al impedirles doblegarse ante el dolor, pedir ayuda ante cualquier circunstancia, abstenerse del alcohol o llorar, y obligándolos en cambio a ser violentos y agresivos siempre que sea posible (Muñón, 2013). Al no poder expresar libremente sus sentimientos y emociones, también se han visto privados del disfrute pleno del cariño de sus hijos al establecer distancias en el espacio vital de

la familia (Quaresma da Silva, Ulloa y Sperling, 2013; Rivero, 2005). Se requiere, como plantea Petersen (2003), superar las perspectivas esencialistas y dicotómicas que influyen en la definición de lo masculino en un solo sentido, reflexionar sobre el uso de las categorías y, en caso necesario, replantear su valor estratégico.

A su vez, en cuanto a las relaciones interpersonales que establecen en particular los varones cubanos, las presentes autoras han constatado, en la práctica clínica, diversos malestares debidos al mismo proceso de razonamiento de esos modelos. En este sentido, es interesante recordar que la historia de esta nación da testimonio de personajes en los que constantemente se reafirma la hombría al matar, carecer de miedo y destacarse por su valentía guerrera. Ejemplo de ello son las hazañas del mayor Ignacio Agramonte, quien con un grupo de voluntarios mambises rescató a Manuel Sanguily a golpe de machetes y frente a una columna española que portaba fusiles, y las del general mambí Antonio Maceo, de quien se recogen expresiones como “La libertad no se mendiga, se conquista con el filo del machete”, y quien, considerado un ejemplo cabal de hombría, da lugar a la frase aún popular de “Tiene más huevos que Antonio Maceo”. Como ratifica González (2004): “En Cuba, las guerras han sido una de las fuentes principales para determinar la masculinidad de los hombres” (p. 1).

Otro ejemplo en la historia de Cuba lo ilustra José Martí, uno de los organizadores principales de la guerra de 1895. Intelectual de brillante genio, fue muy cuestionado por sus pocas habilidades como militar y por no participar en el campo de batalla. En los grandes hombres también se refuerzan valores donde prima la valentía, la agresividad, la fortaleza, el poder, el control, la competencia y la autoridad.

Los estudios sobre la masculinidad en Cuba comienzan a tomar cuerpo en la segunda mitad de los años noventa con estudios como los de Arés (1996), quien abordó el costo de ser hombre empleando la categoría “expropiaciones de la masculinidad”; Rivero (1998, 2000), que valoró las representaciones sociales del rol paterno y sus implicaciones psicológicas y sociopolíticas; Álvarez (2002), quien realizó una exploración sociocultural de la misma y sus transformaciones en

relación con las personas transexuales; González (2002), quien entre otros aportes retomó del sociólogo Luis Robledo el concepto de masculinidad como un producto histórico de hace un siglo, así como el de masculinidad hegemónica (como sinónimo del machismo y enlazada con otros conceptos como el de hombría y virilidad), “validado en Cuba como una forma de la cultura [que], a pesar de ser muy criticada en las dos últimas décadas, parece gozar de gran arraigo en los diferentes grupos sociales, tanto de la Isla como de la diáspora cubana” (González, 2004, p. 1), y, por último, Díaz (2012a, 2012b), quien ventila el tema en los medios de comunicación masiva y destaca la importancia de compartir la iniciativa en la relaciones de pareja y la de asumir el cuidado de los hijos durante la etapa postnatal.

También marca una distinción importante la proyección del filme *Fresa y Chocolate* (1993), de los directores Gutiérrez Alea y Carlos Tabío, a partir del cuestionamiento de una de las masculinidades más excluyentes: la de los homosexuales. La homofobia perdura en nuestra población y, al igual que el machismo, se encuentra aún introyectada en las representaciones educativas, si bien ya superó la época de las vergonzosas Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP) que existieron de 1965 a 1967 en Cuba, a las que autores como Lumsden (1996) (cf. Beattie, 2002) destacan al describir el tratamiento a los homosexuales en esa época. Debe agregarse que dicho programa fue objeto de protestas por parte de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y de importantes aliados internacionales de la Revolución (Cardenal, 1972; Hillson, 2001).

Con la llegada del nuevo milenio aparecen talleres que intentan promover el debate sobre este contenido, inédito aún a escala social, como los de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y los realizados por el Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX), que incluyen el análisis de la violencia como base de las relaciones de poder entre los sexos, la sexualidad, la paternidad o la vulnerabilidad masculina ante el dolor (Álvarez, 2002). Todo ello avizora una visión más heterogénea, enriquecedora y participativa, hecho ya subrayado por uno de los pioneros en el estudio de la masculinidad: Víctor Seidler (2000). En 2009

se formaliza la Sección Científica “Masculinidades” en el marco de la Sociedad Cubana Multidisciplinaria para el Estudio de la Sexualidad (SOCUMES), adscrita a la Academia de Ciencias de Cuba (Rivero, 2008). Pero en este universo desigual en constante evolución, no solo se está en un momento de transición actualmente, sino en una verdadera crisis (Hernández, 2000). Y en este punto vale referirse a Thompson (1993) cuando apunta: “la masculinidad [...] podría no existir. La masculinidad como algo monolítico (hombría) no existe: sólo hay masculinidades, muchos modos de ser hombre” (p. 11). Por ello, además del modelo predominante, “hay tantas formas masculinas de fracasar, como formas masculinas de tener éxito” (p. 12).

La experiencia actual de intervención en el Centro de Salud Mental: las viejas y las nuevas masculinidades

Aun cuando los cambios sociales de la Revolución Cubana han intentado deconstruir diversos estereotipos y se ha trabajado hacia el ajuste del sistema de derecho legal en contra las exclusiones sociales, la masculinidad es una concepción tan arraigada que muchos se resisten a desprenderse de ella por temor a perder el control. No obstante, comienza a apreciarse en determinados grupos la presencia de conflictos, observándose también un desconocimiento sobre cómo proceder. Esto explica que un alto porcentaje de hombres empiece a acudir a consulta por malestares asociados a sus interrelaciones; circunstancia que sirvió como base motivadora de este trabajo, cuyo objetivo fue estudiar la percepción y presencia de la masculinidad hegemónica en un grupo de varones que acudían a un centro de salud mental de la capital cubana.

MÉTODO

Participantes

La muestra intencional de este estudio, hecho a lo largo de un año, estuvo compuesta por 125 varones cubanos, trabajadores de una empresa constructora de La Habana, con una edad comprendida entre los 21 y los 60 años y una educación mínima de doceavo grado.

Instrumentos y técnicas

Indagación

A través de una entrevista semiestructurada desarrollada al efecto por especialistas, se recogen datos para la confección de la historia clínica psiquiátrica, que incluyen edad, estado civil, grado de escolaridad, descripción de su crianza, relaciones con ambos padres, afectos, exigencias, distribución de las tareas en el hogar, historia escolar, aprovechamiento docente, educación sexista, relaciones con grupos de pares y, entre las mujeres, manifestaciones genitales, juegos sexuales, experiencias ante la eyacularquia, descripción del desarrollo corporal, historia de parejas (número de parejas estables e inestables, motivos de las separaciones, tiempo de duración, relaciones paralelas), entre otros aspectos.

Dinámicas grupales

Se emplearon las técnicas que se describen a continuación:

- Técnicas de presentación: Aquí deben exponer sus datos primarios, expresar qué les hizo integrarse al tratamiento y cuáles son sus expectativas.
- DAFO: En un papelógrafo todos los participantes deben escribir sus debilidades, amenazas, fortalezas y las oportunidades que tienen como varones. También se procede a dibujar por equipos la figura de un hombre y a describirlo, nominalizando cómo debe ser un varón.
- Descascarando ideas: Cada participante expresa qué concibe como sexualidad, sexo, género, sus diferentes usos en varios países, denominaciones que tiene el pene y otros contenidos necesarios. Luego, en conjunto, se definen dichos conceptos.
- Lluvia de ideas: Se apuntan las definiciones en el pizarrón y el grupo debate cada una de ellas.
- Cine-debate: En este caso, se proyectaron, con un propósito concientizador y educativo, el documental español *Sexo-placer en la vida*, que permite a los pacientes identificar las diferentes fases de la respuesta genital femenina y masculina, reflexionar sobre los

mitos relacionados con el tema y, al terminar, debatir su impacto; la película cubana *Retrato de Teresa*, que es un documental del CENESEX sobre los masajes eróticos en parejas, y por último la película norteamericana *Kramer vs. Kramer*.

- Conferencias interactivas: En estas se abordan a profundidad cada uno de los tópicos, permitiendo a la vez su discusión cuando un participante así lo desee.
- Juegos sobre los mitos y creencias: Se reparten tarjetas que expresan varios mitos y creencias. Cada participante debe leerlas al grupo, debatirlas y analizarlas. La coordinadora interviene al final del debate de cada tarjeta explicando las masculinidades.
- Identificar la violencia: El grupo debe pensar, partiendo de su propia experiencia, en una situación problemática que guarde relación con la violencia y su tratamiento en las diferentes instituciones. Se discuten los casos narrados.
- La casa del vecino: Técnica de dramatización a partir de la cual se trabajan los conflictos de pareja desde la visión de los varones, haciendo énfasis en sus gustos, preferencias, virtudes y defectos.

Observación participante

El que el observador principal permanezca activamente en el grupo le permite comprender, en la interacción directa, el significado de cada narración y profundizar en los símbolos implícitos en cada intervención, no solo por lo expresado verbalmente sino también mediante la expresión de las emociones, gestos y silencios, todo lo cual es registrado para el posterior análisis de contenido de cada sesión de trabajo.

Perspectiva metodológica

Este estudio descriptivo y transversal fue de tipo cualitativo, con diseño de casos múltiples, y a partir de un enfoque de género, cuyas características metodológicas admiten una mayor apertura a los estudios cualitativos, aprehendiendo toda la complejidad de esta construcción social. De ahí el uso de la investigación-acción participativa (IAP), que

facilita la comprensión del significado e interpretación de lo sucedido en cada paciente. Dicho paradigma se aparta radicalmente de la investigación social tradicional en términos tanto metodológicos como epistemológicos, lo que incluye el hecho de que es necesario aprender en el terreno los códigos en que las personas estudiadas se expresan. Se desarrolla siguiendo un modelo de espiral en ciclos sucesivos, que incluyen diagnóstico, planificación, acción, observación y reflexión-evaluación.

Por lo anterior, no únicamente se busca recorrer los malestares, las vivencias y el sentir de los hombres como una vía de exploración (cuyos resultados expresa este artículo), sino también como un trabajo de cambio, ya que exponer sus necesidades y sentimientos encubiertos a través de su experiencia, plasmada en sus historias personales, les hace posible entenderse como individuos, sujetos a mandatos sociales que en realidad los rebasan (Garda, 2004, 2007). En este sentido, adoptar una perspectiva de género ofrece las herramientas necesarias para describir y analizar las relaciones de poder de los hombres en la construcción de su identidad masculina, como expresa Garda (2004), así como lograr la redimensión de los aprendizajes sociales que comprende.

Procedimiento

Se comenzó con la aplicación de una entrevista semiestructurada a cada paciente una vez que dio su consentimiento informado. Aunque se trabajó en doce sesiones en total, el trabajo se distribuyó en cinco sesiones para cada grupo, de 4 horas cada una, a través de las técnicas participativas grupales para fomentar la reflexión, el análisis y el diálogo. De esta manera, se logró mantener el interés de los participantes sobre la base de estudiar y conocer sus vivencias, establecer una participación individual y colectiva y promover el respeto a las opiniones ajenas. Cada grupo estuvo integrado por diez varones. Se utilizaron diferentes formas de organización de la enseñanza y otras técnicas de la IAP. Toda sesión comienza con las reflexiones acerca de los encuentros anteriores y las discusiones de las actividades prácticas a fin de crear un clima de sensibilización y compromiso con el tema. En la primera sesión se realiza el

encuadre del grupo y se precisan los objetivos, las expectativas, el contrato terapéutico, los contenidos a tratar y la metodología.

A continuación, se procede al plan temático que corresponda y, partiendo de las reflexiones del grupo, la coordinadora integra y elabora en cada caso las conclusiones. Al finalizar cada sesión se procede a una llevar a cabo una evaluación, tal como se resume a continuación.

Descripción operativa de las sesiones

En la primera sesión se aplicó una encuesta diagnóstica para identificar los conocimientos sobre de los temas. Se solicitó a los participantes añadir sus expectativas. Otras formas de evaluación fueron las relatorías de los talleres, el registro de asistencia y las técnicas participativas. Su marco conceptual fue la sexualidad (incluidas las enfermedades de transmisión sexual, el uso del condón y los mitos), el género y la aproximación a las masculinidades. Luego se analizaron los conceptos de violencia, imagen corporal, autoestima, autocuidado y situación de la pareja en el contexto actual. Para la evaluación se recogieron las ideas principales aportadas por el grupo, estimulando la comunicación de criterios y opiniones.

En la segunda sesión se abordó la aproximación a las masculinidades. Incluyó, entre otros temas, una reflexión sobre sus modelos tradicionales, la creencias y patrones que rigen la conducta masculina, el culto al falo y las tendencias actuales.

En la tercera sesión, una vez reforzados los nuevos conceptos, ideas y creencias ya debatidos, se identificaron las definiciones asociadas al género y al maltrato con sus respectivas relaciones, así como sus costos sociales e individuales. Se analizaron, a partir de una perspectiva de género, las barreras relacionadas con la pervivencia de la violencia en los diferentes espacios sociales, los derechos sexuales como marco de contención de la violencia contra los varones, y se evaluaron los riesgos y daños de la ejercida contra las mujeres, hacia otros hombres y hacia ellos mismos. Con ello, se trató de interiorizar la importancia de lograr la equidad (respeto a las diferencias intrínsecas) y la igualdad de derechos y de oportunidades personales y sociales del hombre y la mujer a lo largo de la vida y en todos

los contextos de actuación. Concluyó la sesión pidiéndole a cada miembro que expresara, con una frase, para qué le sirvió la actividad.

La cuarta sesión abordó la imagen corporal y la autovaloración, brindando herramientas para ayudar a revalorar el cuerpo, iniciando con un calentamiento para que el grupo intentara saludarse afectivamente tocándose varias zonas. “¿Tú sabes lo que es un beso?”, “¿Tú sabes lo que es un abrazo?”. Se enseñaron técnicas de autocuidado y se trabajó la autoestima, para lo cual se utilizaron ejercicios de respiración, concentración, hatha-yoga, masaje individual y de pareja y relajación. Se proyectó un material de masajes eróticos en parejas con el objetivo de estimular el uso de terapias corporales para que valoraran el permitirse ser parejas cariñosas, con relaciones sexuales más íntimas y satisfactorias, además de disminuir tensiones y promover el desarrollo de valores como la intimidad y la comunicación. Finalizó la sesión con la técnica de evaluación PNI, destacando lo positivo, lo negativo y lo interesante de la misma.

El tema de la quinta sesión fue “La pareja en el contexto de hoy”, cuyo fin fue ofrecer herramientas y conocimientos actualizados sobre los principales conflictos que la afectan. Se abordó como un espacio de crecimiento personal y con la asunción del compromiso en la relación a través de técnicas participativas y retomando los conocimientos anteriores. Se evaluó luego la técnica psicodramática empleada y los cambios acaecidos luego de la proyección de la cinta *Kramer vs. Kramer*.

La sexta sesión se dedicó a la evaluación, unificación y cierre. Asimismo, buscó integrar todos los temas trabajados, conocer cómo se sintió el grupo en las actividades desarrolladas y su comprensión de los temas tratados. Para conocer las influencias, logros y resultados del taller se utilizó una dinámica grupal que permitía obtener valoraciones y criterios, tanto del trabajo grupal como de las principales modificaciones e implicaciones producidas en los participantes después de todo el programa. Para ello, le fue solicitado al grupo que, por equipos, describieran lo que más llamó su atención, especificando las estrategias de intervención que incluyeran los elementos tratados en las diferentes sesiones. La coordinadora actuó como moderadora y, al concluir, hizo

observaciones para integrar los conocimientos impartidos. Luego de una lluvia de ideas, culminó con una encuesta final y se dio paso a una actividad recreativa.

RESULTADOS

En todas las técnicas empleadas, en particular la de juegos sobre los mitos y creencias, se evidenció la manera en que el poder, la dominación, la competencia y el control son esenciales como prueba de masculinidad hegemónica, en la que la vulnerabilidad, los sentimientos y las emociones en el hombre son signos de feminidad y deben ser evitados, al igual que la intimidad con otros hombres, porque vuelven al varón vulnerable y lo ponen en desventaja en la competencia por las mujeres, o bien porque pueden implicar afeminamiento y homosexualidad. El autocontrol, el control sobre los otros y sobre el entorno son esenciales para que el hombre se sienta seguro. Un hombre que pide ayuda o trata de apoyarse en otros muestra signos de debilidad e incompetencia. El pensamiento racional y lógico del hombre es la forma superior de inteligencia para enfocar cualquier problema.

Aún perviven diferentes patrones tradicionales de masculinidad hegemónica, entre los que se destacan con gran fuerza los esquemas sexuales centrados en el desempeño: “En una relación de pareja, el hombre es quien dispone de los recursos”, “El hombre lo sabe todo y debe dirigir la situación”, “Me gustan las mujeres finas, delicadas, pasivas y buenas madres para mi casa; en la calle busco otras que sean agresivas sexualmente”, “El hombre siempre está dispuesto a tener relaciones sexuales”, “A las mujeres les gusta que seamos infieles porque eso demuestra que somos buenos amantes y que somos el sexo fuerte”, “Yo soy el que trae el dinero, la comida; apoyo y resuelvo todo lo mío y lo de mis hijos”, “Lo más importante es la penetración y nada de *pasadera de mano*”, “En el sexo, lo importante es el rendimiento”, “Un pene grande es importante para la gratificación y el placer de la mujer”, “Las posiciones sexuales, cuanto más raras, más placenteras”. Lo anterior coincide con lo observado por Arrondo (2006).

De este modo, el éxito con las mujeres está asociado a la subordinación de estas en la relación,

siendo la sexualidad el principal medio para probar la masculinidad. A pesar de ello, los hombres no asumen la necesidad de un conocimiento sobre este tema, el cual, de hecho, suele ser incorrecto. Fue evidente la manera en que persisten y se transmiten de generación en generación los mitos y prejuicios que limitan el disfrute y la entrega que les impide ser auténticos: “El hombre con un pene grande tiene mayor potencia sexual que el que tiene un pene pequeño”, “La masturbación es sólo para varones adolescentes”, “Una buena relación sexual requiere de un orgasmo”, “El orgasmo debe ser simultáneo para lograr el pleno disfrute sexual”, “El hombre que funciona sexualmente bien tiene erección siempre que ve a una mujer”, “Tener el poder y el control es esencial para sentirme hombre”. Y rivalizan y compiten constantemente: “Yo soy mejor que él, puesto que logro tener más parejas; además, tengo varias relaciones sexuales en una noche”. “Tengo dinero suficiente para que mi esposa y mis amantes estén contentas”.

Lo anterior influye en la pérdida del disfrute de los afectos al momento de dar y recibir: “No me toquen; nada de besos entre nosotros”, “Ningún varón me puede dar masajes”, “Después de terminar y eyacular varias veces, duermo y me preparo para la próxima”, “Las demostraciones de afecto en los hombres son signos de feminidad y deben ser evitados”. Además, exhiben conductas totalmente imprudentes frente a las infecciones de transmisión sexual y VIH, ya que no aceptan la responsabilidad de las consecuencias de estos actos y, por tanto, no se preocupan del sexo seguro. Por ello descartan el uso de los métodos anticonceptivos, y más aún si se trata del condón: “¿Condón, preservativo?, nada de condón. Ellas son las encargadas de cuidarse”.

No solo el área sexual ratifica su masculinidad. También el hombre debe sentirse poderoso y exitoso en el área económica para mantener elevada su autovaloración (Fernández, 2001). Así, también el triunfo en el trabajo y la profesión son indicadores de masculinidad, y la autoestima se apoya en los logros obtenidos en la vida laboral y económica. Los varones son proveedores, a modo de eje de relación, con los costos resultantes. Y en aquellas situaciones en que es la mujer quien asume este rol, confirman con sus testimonios

cómo llegan a cuestionarse su hombría y acuden a las consultas con la autoestima disminuida y frecuentemente deprimidos: “Yo no valgo, soy un mierda porque ella me mantiene”. Son costos que defiende la sociedad a cualquier precio ya que el éxito económico y el liderazgo se perciben como virtudes sociales de la vida pública, y ese, sin duda, es el espacio masculino por excelencia.

Hubo en el grupo estudiado una tendencia a justificar qué es lo que significa ser varón, pero también las demandas de la sexualidad, la práctica del sexo erótico, el cuerpo, la cotidianidad, el poder, la fuerza, la violencia y el triunfo asociado a superar al otro. Partiendo de ejemplos concretos descritos en las sesiones, lo anterior fue expresado en frases como las siguientes: “Los hombres no lloran y no se quejan”, “El hombre tiene que tener siempre el papel activo en las relaciones sexuales”, “Yo soy seductor y tengo varias mujeres a la vez”, “Soy un tipo atlético”, “Nadie me supera”, “Resuelvo todos los problemas de cualquier manera”, “Esto pasa porque yo soy el que tengo el dinero”.

Las reflexiones giran en torno a las inequidades en las relaciones de poder que desde pequeños les fueron incorporadas y luego reforzadas por los padres y la cultura patriarcal: “Somos así y punto”, “No sabemos ser varones diferentes, y menos después de tantos años”, “Me gustaría ser diferente, pero cómo lo hago, y después cómo me valorarán los demás”, “Tenemos que trabajar para romper esas humillaciones”, “Nos gustaría situarnos en la realidad y buscar nuevas cosas”. Entre ellos mismos se confrontan, rivalizan, no pueden tener puntos endebles. Ni siquiera ante los amigos se puede mostrar algún signo de vulnerabilidad. No son frecuentes las manifestaciones afectivas de abrazos y besos, y aun con los hijos se percibe una distancia corporal: “Soy su padre, por eso le doy la mano. ¿Qué es eso de besos?”. Todo lo asociado a situaciones que los hagan parecer frágiles debe ser evitado. En su subjetividad aún existe un pensamiento asociado a los patrones de una socialización diferente, que condiciona los cánones de la masculinidad y que influye en sus comportamientos: “A mí me enseñaron a ser así desde que estaba en la barriga de mi madre, y después mis padres, mis abuelos y hasta la maestra. ¿Cómo voy a cambiar eso?”. Todavía

perviven diferentes modelos culturales que todo lo vinculan a la masculinidad y que validan el uso de la violencia para la resolución de los conflictos.

Incluso perduran diferentes tendencias ya descritas por Arrondo (2006). Entre ellas, la de los hombres machistas, convencidos de que los males que se avizoran actualmente son producto de que la mujer ha ganado espacios por el descuido agresivo de aquellos, quienes han cedido terreno y que, por ende, se mantienen atrapados en sus eternos compromisos como machos superdotados que deben dominar el mundo. Otro grupo (no minoritario) se ha encargado de “recuperar la decadente esencia de la masculinidad” y se resisten a ser afectivos, a dejar de ser infieles, a que le quiten la iniciativa: “Yo no limpio, no lavo, no tiendo la cama; soy único”, “Las mujeres no comprenden lo que es la hormona masculina”, “Esos disparos de hormonas nos obligan a actuar en cualquier momento y a hacer nuestro papel”, “Siempre arriba, eyacular e irnos”.

Pero también se descubrieron, como un inicio esperanzador, los llamados “hombres nuevos” en casi la mitad de los sujetos estudiados, los menores de 35 años de edad. En ellos, los atributos, comportamientos y funciones no respondieron a las del modelo tradicional: “Nos gusta querernos y que nos quieran”, “Nos gusta conocer a la pareja y que nos conozcan”, “Nos agrada compartir la iniciativa”, “Respetamos a las mujeres”, “Evitamos situaciones de riesgo: no manejar ebrios, relajarse al conducir, abrir la puerta con precaución, utilizar cinturón de seguridad, no hablar por el celular en el carro al manejar”, “Hablamos con la pareja”, “Usamos condón”, “Buscamos espiritualidad”, “Escuchamos el cuerpo”, “Realizamos actividades artísticas, de exploración, de disfrute de la naturaleza”.

En la muestra explorada, y comparando con lo hallado por otros autores, los modelos tradicionales de la masculinidad hegemónica continuaban presentes en los varones cubanos, reflejados en patrones antisociales, relaciones desiguales de poder y atributos negativos como la violencia, la represión de las emociones y la exposición a los riesgos. Coincidiendo con lo encontrado en las investigaciones de González (2009), Serrano (2012) y Quaresma y Ulloa (2013), todavía

se observa la persistencia de mitos, tabúes y prejuicios que influyen en el comportamiento de los varones y que se configuran en torno a la legitimación y desaprobación de cuerpos y prácticas.

Pero este patrón coincide también con el hallado en otras sociedades latinoamericanas. En México, Rocha y Díaz-Loving (2005), al observar que aun cuando en muchos ámbitos las oportunidades para las mujeres respecto a los hombres están cambiando, la visión estereotipada parece no modificarse con la misma velocidad que las transformaciones sociales. En Brasil, Nascimento y Segundo (2011) encontraron que en la actualidad la atención de la vivienda y de los niños continúa considerándose un trabajo prioritario de la mujer, quien debe “cuidar de la casa y cocinar para su familia”, y donde la toma de decisiones en el hogar continúa siendo, al menos en la mitad de los entrevistados, una prerrogativa del hombre, “quien debe tener la última palabra”.

El presente estudio destacó el modo en que los cubanos exhibían problemas de formación restrictiva ante la sexualidad, así como vacíos de información e ignorancia en importantes temas relacionados con aquella, a pesar de las campañas de educación sexual que desde hace años se promueven a lo largo del país. Pese a la factibilidad para acceder a los métodos anticonceptivos a muy bajo costo, tampoco cuentan con una fuente de comunicación adecuada para subsanar los riesgos, manteniendo conductas totalmente irresponsables ante la posibilidad de un embarazo y el contagio o transmisión de enfermedades sexuales y VIH. Esto coincide con lo que sucede en otros países como México (cf. Figueroa, 2000) y Argentina (cf. Manzelli, 2006), donde la mayoría de los hombres sostiene, sin duda alguna, que ellos poseen un mayor deseo-necesidad sexual que la mujer, aunque las justificaciones de tal creencia varía según el estrato socioeconómico de los entrevistados. Si bien tales hallazgos se repiten en el estudio realizado en Brasil por Nascimento y Segundo (2011), aquí al menos se expresó “la importancia de conocer qué le gusta a la pareja en la relación sexual”.

También los participantes resaltaron las dificultades para desarrollar una autoimagen positiva que sustentara su autoestima y su capacidad

de sentir y de expresar sus afectos: “No estoy sintiendo lo mismo de antes”, “No me siento lo suficientemente macho”, “No logro satisfacerla como antes”, “Ya no valgo nada”, “No puedo darle cariño como antes”.

A su vez, se aprecian fisuras en las construcciones genéricas tradicionales del varón cubano, las que dan cuenta de la presencia de otras masculinidades, alejadas del modelo hegemónico y que responden a las enormes interrogantes que los varones tienen ante sí: un vínculo adecuado con las mujeres, la defensa de importantes victorias personales y sociales sin conflictos de identificación. La presencia de estos modelos positivos de las masculinidades pudo ser identificada principalmente entre los menores de 35 años, lo que implica una esperanza de renovación de esos valores por parte de la juventud. Y el que haya un grupo de jóvenes que resignifica en su vida cotidiana lo que representa la masculinidad hegemónica y el poder, coincide en este caso con lo encontrado recientemente en Canadá por Doull, Oliffe, Knight y Shoveller (2013), quienes argumentan que la nueva generación está reconfigurando las características de la masculinidad ideal al incorporar particularidades más cercanas a sus propias experiencias de vida (igualdad y emotividad).

Este nuevo modelo concuerda también con lo hallado por Figueroa (2011) en ciertas regiones de México respecto a la participación de algunos varones en actividades de cuidado, antes realizadas por las mujeres, demostrando así un cambio radical en su relación como padres y parejas y en sus expectativas personales y profesionales. Lo anterior, al decir de Figueroa, nos acerca a cambios graduales que ya se están gestando, si bien lentamente, en la identidad masculina.

En el presente estudio, se encontraron asimismo grupos que sufrían por la presión social ejercida sobre ellos (y que ellos mismos ejercían sobre sí) para recibir la aceptación y la aprobación social. Los modos de “ser hombre” alertan sobre la imposibilidad en muchos de ellos de disfrutar de acuerdo con sus necesidades. Lo anterior coincide con el estudio de Ibarra (2011) sobre las masculinidades en Uruguay, quien encontró que, ante situaciones afectivas como la depresión y la frustración, los varones sentían que nadie podía

ayudarlos o que no podían pedir ayuda, y todo debido a la omnipotencia que los caracterizaba como hombres.

DISCUSIÓN

Ya florecen en Cuba grupos de hombres que comienzan a desprenderse del machismo heredado al considerar que ya no los representa, que intentan disfrutar de una nueva sexualidad masculina alejada de miedos y dudas, de traumas e imposiciones, de inhibiciones y soledades, de un simple “por cumplir”, de violencia y explotación, de silencio y simulación.

Es este un cambio que puede deberse al hecho de que las conductas, motivaciones y cogniciones se encontrarán más en consonancia con su propia autodefinición que con su sexo biológico, como observó Rocha (2004, 2009). O, a decir de Arrondo (2006), porque “este grupo, simultáneamente a la emancipación femenina, ha asumido la necesidad de sus propias transformaciones; la urgencia de liberarse a la vez que lo hacía su compañera de viaje” (p. 310).

Al reconocer que es un proceso a largo plazo y que conlleva transformaciones sociales y reaprendizajes, la educación se instaura como una necesaria herramienta para modificar, en ambos sexos y desde edades tempranas, estos criterios erróneos para construir así nuevas maneras de ver y disfrutar la sexualidad desde la visión masculina. Tal proceso de apropiación de nuevas concepciones podría orientarse a transformar los enfoques caducos por otros nuevos y más sanos para ambas partes. De ahí que los llamados “hombres nuevos” sean varones que parten de una educación sexual que logra abandonar las posiciones rígidas y los argumentos emocionales superficiales y simplificadores de “eres macho o no”, para de este modo comprender y corresponder con afecto a sus parejas, conquistando la equidad, los afectos, la no violencia, la participación, la negociación y la salud mental.

Es por ello imprescindible que quienes atiendan este problema (en este caso en Cuba) estén dotados de los conocimientos y las habilidades metodológicas imprescindibles para hacerlo profesional e íntegramente, convencidos de que las mujeres y los varones no son enemigos. Por el contrario,

ambos tienen iguales deberes y derechos en la sociedad, entre los cuales se encuentra el disfrute de vidas saludables y enriquecedoras, lejos de violencias y malestar. En el caso de los varones, crearse una nueva identidad como hombres les impedirá seguir sintiéndose agresores y agredidos.

Como señala Suárez (2006), “a pesar de vivir en una cultura sexista en la que se privilegie el poder del hombre sobre el de la mujer, en realidad

estos estereotipos de masculinidad y femineidad, al constituirse en patrones o paradigmas divisionistas, afectan negativamente a ambos géneros, pues impiden el descubrimiento, desarrollo y expresión de las cualidades y de los valores propios del ser humano, sin distinción de sexo” (p. 12). Al final, formar mejores seres humanos es lo que constituye uno de los fundamentales objetivos estratégicos en nuestra sociedad.

REFERENCIAS

- Álvarez, M. (2002). *Construcción socio-cultural de la masculinidad*. La Habana: Editorial de la Mujer.
- Arés, P. (1996). Virilidad. ¿Conocemos el costo de ser hombres? *Sexología y Sociedad*, 2(4), 137-149.
- Arrondo, J. (2006). *Historia íntima del pene. La nueva sexualidad masculina*. Valencia (España): Nau Llibres.
- Badinter, E. (1993). *La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Beattie, P. (2002). Beyond machismos: Recent examinations of masculinities in Latin America. *Men and Masculinities*, 4(2), 303-308.
- Cardenal, E. (1972). *Ernesto Cardenal en Cuba*. Buenos Aires: Lohlé.
- Coles, T. (2009). Negotiating the field of masculinity: The production and reproduction of multiple dominant masculinities. *Men and Masculinities*, 12(1), 30-44.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Connell, R. (1997). La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarria (Eds.): *Masculinidad/es: poder y crisis* (pp. 31-48). Santiago de Chile: Isis Internacional/Flacso.
- Corneau, G. (1989). *Pèremquant, fils manqué*. Paris: Les Editions de l'homme.
- Corneau, G. (1991). *Hijos del silencio*. Barcelona: Circe.
- Cornwall, A. y Lindisfarne, N. (Eds.) (1994). *Dislocating masculinity: Comparative ethnographies*. London: Routledge.
- Díaz, M. (2012a). *Masculinidades por la equidad*. La Habana: Grupo de Reflexión y Solidaridad Oscar Arnulfo Romero.
- Díaz, M. (2012b). Hombres que se miran. *Sexología y Sociedad*, 18(49), 14-23.
- Doull, M., Oliffe, J., Knight, R. y Shoveller, J. (2013). Sex and straight young men: Challenging and endorsing hegemonic masculinities and gender regimes. *Men and Masculinities*, 16(3), 329-346.
- Fernández de J., T. (2001). Antecedentes familiares de la autoestima y su relación con la violencia conyugal. En T. Fernández (Coord.): *Los rostros de la violencia* (pp. 148-162). México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Fernández de J., T. (2011). “Hay dos sexos. Ensayos de feminología de Antoinette Fouque” (reseña). *Frontera Norte*, 23(46), 269-274.
- Figuroa, G. (2000). Varones, reproducción y derechos. ¿Podemos combinar estos términos? *Memorias del 1er. Congreso Internacional sobre Salud Reproductiva y Diabetes Mellitus*. Varadero, Cuba.
- Figuroa, G. (2008). Un apunte sobre varones y masculinidades enajenadas. *Memorias del III Coloquio Internacional de Estudios sobre Masculinidades y Multiculturalismo: Perspectivas críticas ¿La diversidad construye la equidad? Varones y Masculinidades*, Medellín (Colombia): Universidad de Antioquia, 3-5 de diciembre.
- Figuroa, G. (2009). Salud y varones: Riesgos bajo los dictados de la masculinidad. *Memorias del Foro Permanente de Estudios de las Masculinidades*. La Habana, Cuba.
- Figuroa, G. (2011). Algunas consideraciones éticas, teóricas y metodológicas al investigar políticas públicas y equidad de género en la experiencia de los hombres: el caso de México. En Organización de las Naciones Unidas (Ed.): *Estudios sobre varones y masculinidades para la generación de políticas públicas y acciones transformadoras* (pp. 15-24). Montevideo: ONU.

- Fouque, A. (2008). *Hay dos sexos. Ensayos de feminología*. México: Siglo XXI Editores.
- Fuller, N. (1997). Fronteras y retos: varones de clase media del Perú. En T. Valdés y J. Olavarria (Eds.): *Masculinidad/es, poder y crisis* (pp. 139-152). Santiago de Chile: Isis Internacional/Flacso.
- Fuller, N. (1998). Reflexiones sobre el machismo en América Latina. En Flacso Chile (Ed.): *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (pp. 258-267). Santiago de Chile: Flacso Chile.
- Garda, R. (2004). Complejidad e intimidad en la violencia de los hombres. Reflexiones en torno al poder, el habla y la violencia hacia las mujeres. En T. Fernández (Ed.): *Violencia contra la mujer en México* (pp. 119-142). México: CNDH.
- Garda, R. (2005). La misoginia en el discurso y acción de los hombres. En D. Cazés y F. Huerta (Eds.): *Hombres ante la misoginia: miradas críticas* (pp. 161-188). México: UNAM/Plaza y Valdés.
- Garda, R. (2007). Sucede que me canso de ser hombre. En A. Amuchástegui e I. Szasz (Eds.): *Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México* (pp. 635-655). México: El Colegio de México.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- González, J. (2009). Feminismo, sufragismo y machismo en Cuba: tres conceptos y dos mujeres. *Palabra de Mujer*, 14 de noviembre. Disponible en línea: <http://www.webcitation.org/6OUaeCdQj> (Consultado el 18 de noviembre de 2009).
- González, F. y Macari, A. (2011). ¿Qué roles asumen los/as jóvenes en sus hogares? Arreglos familiares en el Uruguay del siglo XXI. En Organización de las Naciones Unidas (Ed.): *Estudios sobre varones y masculinidades para la generación de políticas públicas y acciones transformadoras* (pp. 79-90). Montevideo: ONU.
- González, J. (2004). Género y masculinidad en Cuba. Teorizando: macho, varón, masculino y algo más. *Cuba Literaria*, 23 de junio de 2004. Disponible en línea: <http://www.webcitation.org/6OUb2ppqP> (Consultado el 24 de junio de 2004).
- González, J. (2002). Género y masculinidad en Cuba: ¿el otro lado de una historia? *Nueva Antropología*, 61, 117-126.
- González, H. y Fernández, T. (2010). Género y maltrato: violencia de pareja en los jóvenes de Baja California. *Estudios Fronterizos*, 11(22), 97-128.
- González, H. y Fernández, T. (2014). Hombres violentados en la pareja. Jóvenes de Baja California. *Culturales*, 2(2).
- Gutmann, M. (1997). Trafficking in men. The anthropology of masculinity. *Annual Review of Masculinity*, 26, 385-409.
- Hernández, A. (2000). Seminario sobre masculinidad en el PUEG con el doctor Robert W. Connell. *La Ventana*, 12, 312-315.
- Hernández, I. (2006). *La investigación sociocultural en población. Un enfoque innovador para América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: UNFPA.
- Hillson, J. (2001). La política sexual de Reinaldo Arenas: realidad, ficción y el archivo real de la Revolución Cubana. *La Jiribilla*, 1. Disponible en línea: <http://www.webcitation.org/6OUcdH9Op> (Consultado el 30 de octubre de 2013).
- Ibarra, D. (2011). Investigación sobre la construcción y la vivencia de las masculinidades. En Organización de las Naciones Unidas (Ed.): *Estudios sobre varones y masculinidades para la generación de políticas públicas y acciones transformadoras* (pp. 31-40). Montevideo: ONU.
- Jociles, M. (2001). El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general. *Gazeta de Antropología*, 17, 17-27.
- Kaufman, M. (1994). Men, feminism and men's contradictory experiences of power. En H. Broad y M. Kaufman (Eds.): *Theorizing masculinities* (pp. 142-165). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Kimmel, M. (1992). La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes. En R. Rodríguez (Ed.): *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio* (pp. 129-138). Santiago de Chile: ISIS Internacional.
- Kimmel, M. (1994). Masculinity as homophobia: Fear, shame and silence in the construction of gender identity. En H. Brod y M. Kaufman (Eds.): *Manhood: the American Quest* (pp. 119-162). New York: Harper Collins.
- Lumsden, I. (1996). *Machos, maricones, and gays: Cuba and homosexuality*. Philadelphia, PA: Temple University Press.
- Manzelli, H. (2006). Sobre los significados de ser hombre en varones jóvenes en el área metropolitana de Buenos Aires. *Estudios Feministas*, 14(1), 219-242.
- Meler, I. (2000). La Masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos. En M. Burín y I. Meler (Eds.): *Varones. Género y subjetividad masculina* (pp. 71-121). Buenos Aires: Paidós.

- Menjívar, M. (2004). ¿Son posibles otras masculinidades? Supuestos teóricos e implicaciones políticas de las propuestas sobre masculinidad. *Reflexiones*, 83(1), 97-106.
- Monzón, L. (2012). Más allá de la identidad masculina: construcción y reconstrucción del símbolo varón. *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, 20. Disponible en línea: <http://www.webcitation.org/6OUbuTWZP> (Consultado el 2 de junio de 2012)
- Muñón, J. (2013). Hacerse hombre enfrentando el peligro. *Cuba Ahora*, 3 de julio de 2013. Disponible en línea: <http://www.webcitation.org/6OUcIP3CE> (Consultado el 5 de julio de 2013).
- Nascimento, M. y Segundo, M. (2011). Experiencias y actitudes de hombres en relación a la equidad de género y salud en Río de Janeiro, Brasil: Aportes para las políticas públicas. En Organización de las Naciones Unidas (Ed.): *Estudios sobre varones y masculinidades para la generación de políticas públicas y acciones transformadoras* (pp. 25-30). Montevideo: ONU.
- Parrini, R. (2008). *Apuntes acerca de los estudios de masculinidad. De la hegemonía a la pluralidad*. Santiago de Chile: Flacso Chile.
- Petersen, A. (2003). Research on men and masculinities. Some implications of recent theory for future work. *Men and Masculinities*, 6(1), 54-69.
- Quaresma, D. y Ulloa, O. (2013). Estudios de masculinidades en la región oriental de Cuba: develando imaginarios. *Athena Digital*, 13(2), 245-257.
- Quaresma, D., Ulloa, O. y Sperling, C. (2013). Sex education in the eyes of primary school teachers in Novo Hamburgo, Rio Grande do Sul, Brazil. *Reproductive Health Matters*, 21(41), 114-123.
- Real Academia de la Lengua Española (2011). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: RAE.
- Riso, W. (1998). *Intimidades masculinas. Sobre el mito de la fortaleza masculina y la supuesta incapacidad de los hombres para amar*. Bogotá: Norma.
- Rivero P., R. (1998). *Las representaciones sociales del rol paterno en la sociedad cubana actual. Sus implicaciones psico-sociopolíticas*. Tesis doctoral. Las Villas (Cuba): Universidad Central Marta Abreu de Las Villas.
- Rivero P., R. (2000). El rol paterno. Su problemática en Cuba. *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, 89-106.
- Rivero P., R. (2005). *Familia, género y salud*. Villa Clara (Cuba): Feijoo.
- Rivero P., R. (2008). *Intervención comunitaria, familiar y de género*. Santa Clara (Cuba): Universidad Central de Las Villas.
- Rivero P., R. (2010). Las masculinidades en Cuba: Estudio con enfoque de diversidad e integración social. *Sexología y Sociedad*, 16(43), s/p.
- Rocha S., T. y Díaz-Loving, R. (2005). Cultura de género: La brecha ideológica entre hombres y mujeres. *Anales de Psicología*, 21(1), 42-49.
- Rocha, T. (2004). *Socialización, cultura e identidad de género: el impacto de la diferenciación entre los sexos*. Tesis doctoral. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rocha, T. (2009). Desarrollo de la identidad de género desde una perspectiva psico-socio-cultural: un recorrido conceptual. *Revista Interamericana de Psicología*, 43(2), 250-259.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. Barcelona: Paidós.
- Serrano, P. (2012). La perspectiva de género como una apertura conceptual y metodológica en salud pública. *Revista Cubana de Salud Pública*, 38(5), 811-822.
- Suárez, C. (2006). *La mujer construida. Comunicación e identidad femenina*. Sevilla: Mad/Eduforma.
- Threadgold, T. y Cranny-Francis, A. (Eds.) (1990). *Feminine, masculine and representation*, London: Allen & Unwin.
- Thompson, K. (1993). *Ser hombre*. Barcelona: Kairós.
- Viveros, M. (1998). Perspectivas latinoamericanas actuales sobre la masculinidad. En Alcaldía de Medellín (Ed.): *Memorias del Segundo Congreso Latinoamericano Familia Siglo XXI. Hacia la convergencia entre el pensamiento y la acción* (pp. 13-36). Medellín (Colombia): Alcaldía de Medellín/Secretaría de Bienestar Social.